

## En los noventa años de Don Vicente García de Diego

---

En la alegría de esta fecha que compartimos todos sus compañeros de Academia me toca a mí una parte muy importante. Sólo por eso, y no por autoridad ni mérito singular alguno, he aceptado participar con mi tributo en esta Junta tan íntima como solemne, obedeciendo una designación que por una sola vez no podía proponer la Dirección misma sino su guardia de honor y de afecto. En primer término yo me considero pariente de nuestro flamante nonagenario porque la homonimia de nuestros apellidos acredita un parentesco que aunque pueda a la corta proceder de ramas más o menos distantes, a la larga ha de arrancar de tronco común. Si el mío hoy es sencillo y el suyo compuesto, no más allá de mi abuelo aparece en documentos parroquiales y civiles como García-Diego unas veces y otras como Diego-Madrado. Variantes que en la libertad de los registros presentan aspectos que en ningún modo designan parentelas diversas, sino caprichos que unas veces se mantienen fieles a lo tocayo exacto y otras acoplan o aislan el elemento puro. Los Diegos de apellido como los García-Diegos o García de Diegos desde la marina de Santander hasta las tierras de Soria, provienen de solares burgaleses o pasiegos.

Otra razón de que yo esté ahora hablando, en lugar de otro mejor, es la de ser compañero de don Vicente en la profesión con la que nos hemos ganado el pan, la de Catedrático de Instituto. Y aquí sí que los otros ocho colegas, que con nosotros dos

sumamos diez, número probablemente nunca alcanzado en la historia de esta Academia, se podrían llamar a la parte y recabar el deber y el gusto de ensalzar las virtudes sabias, docentes y prudentes del Catedrático un tiempo de Lengua Castellana y Latina, y luego solamente de Latín cuando disposiciones ministeriales transfirieron la enseñanza de nuestra lengua patria a la cátedra de Literatura. A esas virtudes de saber, enseñar y educar, a las que he aludido, se ha unido en don Vicente, como Catedrático de Instituto, la de saber regir. Porque mucho antes de que presidiese nuestras juntas, sus prendas personales de amor a la profesión, de entrega servicial a los compañeros y de tacto que sabía conciliar la suavidad de modos con la energía para reclamar derechos y con la clarividencia para proponer mejoras pedagógicas, le habían llevado por aclamación a la presidencia de la Asociación de Catedráticos de Instituto. Cuánto debemos los catedráticos de Instituto e incluso los de Universidad a las iniciativas nobilísimas de don Vicente García de Diego y a su saber tratar tanto al señor Ministro del ramo como al modesto bedel con palabra adecuada, esa su palabra suave, jugosa, siempre discreta y persuasiva. Porque don Vicente habla "tan mesurado" como el Cid.

Yo no fui alumno oficial suyo, pero sí lo fui de don Narciso Alonso Cortés, que había de ser mi padrino en esta Academia. Vaya con estas líneas el saludo para su noble ancianidad, saludo al que estoy seguro que todos os adherís. Después sí lo he sido también de don Vicente, pero lo he sido aquí, aprendiendo de él semana a semana tanto saber de palabras y tanto ejemplo de amor a ellas y a nuestra España. Pero quiero continuar aún unos instantes con el catedrático de Instituto. Una de mis primeras visitas cuando yo obtuve mi cátedra (y aun, en mi flaca memoria, no estoy seguro si sucedió unos días antes) fue para saludar a don Vicente, ya famoso por tantos alumnos suyos en "Cisneros" que eran amigos míos. Mi propósito era no sólo el de cumplir con una obligación sino el egoísta de pedirle orientación y consejo para mis cursos de novato profesional. Le pedí también un ejemplar de un libro que yo no sabía encontrar, su "Gramática histórica castellana", tan sabrosa en su atención a las formas populares, tan llena de sugerencias que no la

permiten el envejecimiento. Amablemente me buscó el libro y me lo regaló, como poco después su Discurso de Ingreso en esta Academia sobre "Problemas Etimológicos", al que elogia y glosa nuestro llorado don Ramón al abrazar al nuevo académico.

Por cierto que en el precioso discurso leído el 7 de noviembre de 1926 hay un párrafo que quiero recordar porque me sirve de transición para pasar a pintar a don Vicente como académico. "Es la etimología curiosidad vulgar, entretenimiento de ocios, audacia de afición y arte serio. Y en todo ello, en lo que tiene de propensión de las multitudes, de juglaría verbal y de ciencia, hay un fondo atrayente de humanidad, el instinto y el deseo noble de coordinar y hacer transparentes voces e ideas, complicados juguetes de nuestro espíritu y necesaria moneda del comercio humano." Más adelante comenta la importancia tanto de la etimología históricamente verdadera, como de la popularmente falsa. De la una y de la otra vive y se renueva el idioma, pero yo de esto no voy a tratar porque es tema reservado para las verdaderas autoridades actuales que son gloria de nuestra corporación. Sin embargo, ¿cómo trazar la semblanza de don Vicente académico sin recordar esta dualidad que es también la suya, la del hombre de ciencia, ciencia rigurosa, y la del amante incansable, acaparador de palabras, giros y formas rurales, desenredador de dialectales marañas, perseguidor de linajes en los universales caminos de los cuentos, de las tradiciones populares, artista de la lengua, artesano de sus oficios y paciente escudriñador lexicólogo, revisor del diccionario y desfacedor de sus entuertos?

Cuántas veces, en nuestras sesiones de trabajo, le vemos hacer un tímido gesto casi de excusa y —cuando ve que en la presentación de cédulas, tras de un silencio de mirada orbital, se produce una suspensión de estiaje— meter con disimulo su mano, esa mano en la que cada dedo se reserva al hablar una intención diferenciadora y esclarecedora, y extraer del bolsillo un mazo abultado de papeletas. Y viene el regalo de una serie de vocablos, unas veces nuevos aunque generalmente muy viejos en el habla rural pero bien vivos, otras veces mal definidos y algunas sobrantes, meras erratas o disparates que habían pasado inadvertidos y que deben dejar su hueco a otros que lo reclaman con

apremio. Todo dura unos pocos minutos porque don Vicente posee un caudal inagotable y piensa que puede fatigar, cuando lo cierto es que sentimos todos pena al verle renunciar a buena parte de la baraja y volver a esconderla en su holgado bolsillo. “Que otro talle”, parece decirnos con un gesto de banquero prudentísimo y que por nada del mundo querría aburrir. ¿Pero cómo nos había de aburrir el cortejo de esas palabras tan llenas de palpitación, tan desconocidas en nuestra, en mi, ignorancia o por ventura tan olvidadas y ahora resucitadas por su conjurador?

Nuestro Bibliotecario Perpetuo ha sido y sigue siendo un académico ejemplar por su maestría en todo a lo que el idioma atañe, por su asiduidad y continuidad de trabajo académico, por su espíritu leal, atento y ecuánime. Y hasta por su curiosidad en las charlas de antecámara, siempre en el secreto de la última novedad del mundo, del diablo mundo y del que no es diablo. Todo le interesa, todo le importa, y es que al que le importa su idioma y la historia de su idioma, a través de él y de ella, le importa forzosamente todo lo humano y también todo lo divino.

Quien no le conozca y lea estos párrafos cuando se publiquen deducirá fácilmente que don Vicente García de Diego no es sólo un hombre de ciencia y un educador, sino un hombre de bien y un artista. Yo no lo sabía. Pero cuando el último jueves fuimos a verle a su casa Alfonso García Valdecasas y yo, nos encontramos con la sorpresa de que su vocación artística se manifiesta, o se oculta más bien por modestia, no sólo en el arte de la palabra en su más pura epifanía, en la poesía lírica, sino en la pintura. Y admiramos unos cuadros que él nos mostraba, por él pintados, con una técnica eficaz y con una vibración de sensibilidad ante las nubes, el molino, la fronda verde variada, las aguas, los patios o corrales, temas de España que él amorosamente quiso fijar en un momento de la luz desde su ocio contemplativo de enamorado del paisaje.

Después de todo, no es el primero que ha ejercido la Dirección de la Real Academia Española y haya sido a la vez pintor. Que yo sepa le antecedieron dos al menos: el Duque de Rivas, verdadero maestro de la pintura y cuando la vida se le puso difícil, profesional. Y don Antonio Maura. Y aún nos queda la

otra vía artística de don Vicente, la de poeta lírico. Y yo, que no he sido capaz de pintar ni una mona, y en cambio he recalitrado y recalcitro en poetizar, qué gozo siento al saberme también colega suyo en este maravilloso y arriesgadísimo oficio, en esta apuesta eterna y desigual en que es casi seguro que caiga uno vencido.

Don Vicente García de Diego como poeta merece algo más que lo que ahora, en este año revuelto de estudiantes y catedráticos, se vuelve a llamar redundantemente “juicio crítico”, como si todos los juicios no fuesen críticos y todas las críticas juzgadoras. No sería tampoco ésta ocasión para intentar tal juicio, sino para felicitar al poeta y felicitarnos de su vocación que de modo tan expresivo revela un estrato muy profundo de su alma. Porque don Vicente García de Diego no es el poeta tangencial, sino el poeta porque sí, como lo son todos los que lo son y no solamente lo parecen.

Nos lo demuestra su libro, su regalo, “De acá y de allá”. Leyendo sus poesías apreciamos cuánta espiritualidad, qué auténtica fe —prueba suprema del que ama a la Poesía y más sencillamente del que nació para amar— y qué dominio de la palabra rítmica atesora el poeta. Nada nos dice de la época o fecha en que las poesías se escribieron. Ni importa tampoco. En ellas hay pormenores de lenguaje que son muy de hoy, junto a un tono general en que predomina la más pura tradición castellana. Suele ser la poesía lírica vocación temprana del escritor, pero a veces después de un abandono, al que las circunstancias de la vida justifican por la absorción del tiempo, se vuelve con el placer del recuerdo a una segunda adolescencia o juventud en plena madurez o ancianidad. Predominan los versos octosílabos, los romances o estrofas consonantes de copla vieja castellana y también el noble endecasílabo, pero no faltan otras métricas más típicas del modernismo como los dodecasílabos de “La Atalaya”, que por estar dedicados a sus nietas no pueden ser obra de juventud, aunque su tersura no acuse estorbos ni arrugas de ninguna clase. De pronto, en el mismo poema, se pasa sin transición, se ensancha el verso hasta el alejandrino, con cuya sorpresa nos muestra don Vicente su fina sensibilidad para adecuarse a la generosa ampliación de la idea caritativa que está desarro-

llando y por otra parte se acoge a libertades que son tan de hoy como lo fueron del período romántico.

Esta polimetría la gozamos también en otro poema, uno de los más altos e inspirados del libro, "El Silencio", que comienza con un romance agudo en *á*, pasa de repente, modula con fino acierto musical a la asonancia *i-o*, para concluir, anchándose de río a ría, a tres serventesios alejandrinos. Por ejemplo:

Se hace oído el silencio y a mí me escucha atento,  
registrar en sus cajas quiere la voz más leve  
y la noche adormida nada a decir se atreve,  
ni el río cantarín ni el alocado viento.

Todavía me gustan más ciertas poesías breves, con una transparente sencillez como la de José Martí o la de Bécquer o la de Antonio Machado juvenil. Tal "La Góndola", en la que por cierto inventa un verbo lleno de gracia y feliz de movimiento expresivo, "gondolar". Dice así:

Veo mi barca en el puerto  
cansada de gondolar,  
ahogada de la tristeza  
porque no sabe volar.  
No tiene quilla que rasgue  
ni ansia que la empuje al mar  
para ir a tierras lejanas  
y en altos puertos entrar.  
Yo tenía ansias marinas,  
eran ansias nada más,  
débil mano para el remo,  
mal podía navegar.  
Mi pobre góndola ahora  
balanceándose está;  
como ella mis pobres sueños  
sólo saben gondolar.

Alternan en el libro impresiones de campo y naturaleza íntima o sideral, tales como "El Tomillar", "Mi Pinar" o las elegantes liras de "El Huerto interior", con el lejano recuerdo de Fray Luis:

Si el mundo en brasas arde  
y de envidia y rencor se ve cubierto,  
yo, en las luchas cobarde,  
busco refugio cierto  
entre los muros de mi altivo huerto.

Y con la contemplación de la naturaleza y las efusiones de cariño conyugal o familiar, la meditación moral, muy dentro de la inmediata tradición de los maestros de fines del siglo pasado. Pero a veces consiguiendo una originalidad simbólica, como en "La Esquina", invitación a la sorpresa constante, al escape hacia la libertad, al extravío y desorientación de ansiedades e ilusiones. Quizá en ningún otro ejemplo, este tipo de poesía, tan de verdad renovada y sentida, esplende como en el romance de "Las Nubes" con el que quiero cerrar este apresurado espiqueo por el rico huerto y la anchurosa dehesa y mies de don Vicente García de Diego.

De ensayo están hoy las nubes,  
algo quieren modelar,  
modelos nuevos que han visto  
u otros que van a inventar.  
Quimeras hacen sus dedos,  
cosas y hombres de verdad,  
figuras de figurines  
que en algún libro vendrán.  
Pero no son alfareras,  
en más alto rango están;  
maestras son de otras artes  
que el cielo quiere enseñar.  
Botan a veces veleros  
que a lejanos mares van,  
y botan cavilaciones  
de un eterno cavilar.  
Vuestros planes, sabias nubes,  
nos los debíais contar;  
sólo vuestras fieras riñas  
claras noticias nos dan.  
Oh nubes caviladoras,  
que no logro interpretar;  
por no poder entenderos  
es por lo que os busco más.

GERARDO DIEGO.